

# Identidad, memoria y educación: contra la pedagogía del vacío

Identity, memory and education: against the pedagogy of emptiness

Adolfo Colombres  
aarcolombres@gmail.com

**Resumen:** En este breve y profundo artículo se pone en consideración uno de los problemas centrales de la sociedad actual como es el de la educación como vehículo de transmisión de conocimiento y construcción de la identidad. Se analizan los resultados de la implementación de la “pedagogía del vacío” y se exhorta a un regreso de manos del arte –en especial la literatura– a una pedagogía emancipadora que permita otorgar a los receptores no simples datos de la realidad sino elementos identitarios significativos que lo enlazan en una tradición y le permiten participar auténticamente de la dinámica social.

**Palabras claves:** educación, cultura, identidad cultural, América Latina.

**Abstract:** This brief and profound article considers one of the central problems of today’s society, that of education as a vehicle for the transmission of knowledge and the construction of identity. It analyzes the results of the implementation of the “pedagogy of emptiness” and urges a return of art –especially literature– to an emancipating pedagogy that allows to grant to the receivers not simple data of reality but significant identity elements that bind them in a tradition and allow them to participate authentically in the social dynamics.

**Keywords:** education, culture, cultural identity, Latin America.

Se hace cada vez más necesario combatir el divorcio que existe entre cultura y educación, construyendo puentes sobre esta zanja cavada por el positivismo que tanto favoreció a los procesos de colonización. Francisco Miró Quesada (1986) señalaba que, tomando en cuenta las mentalidades de nuestros pueblos, debería instrumentarse un sistema educativo anti-racionalista, o al menos no racionalista, que desarrollase la vía simbólica. Ello operaría como antídoto contra esta anomalía de la concepción occidental del mundo, que tanto privilegió el pensamiento analítico sobre el simbólico, que logró atrofiar este último en la casi totalidad de los sectores ilustrados de la región. Dicho mal se propaga en Nuestra América por medio de la colonización pedagógica, la que, lejos de atenuarse por los vientos libertarios que soplan en el mundo, se acrecienta con el modelo de escuela “moderna” que nos impusieron. Se ha calificado a este nuevo proceso como “la gestión de la ignorancia”, y también de “pedagogía del vacío”, por tratarse de una pedagogía formal, que soslaya la cuestión de las materias a transmitir y la naturaleza de la mirada para fetichizar el método. El maestro deviene así un mero animador que no debe hacer uso de sus conocimientos para no influenciar al alumno. El alumno, o lo que resta de él, no se interesa en aprender todo aquello que un miembro de una sociedad tiene obligación de saber para estar en óptimas condiciones de participar activamente en la misma (algo que en las sociedades tradicionales cubre el proceso de endoculturación). Prefiere librarse a los vericuetos de sus búsquedas personales, lo que no hace más que alimentar una anarquía subjetivista, a expensas de los códigos comunes que lo convertirían en un verdadero ciudadano, idea que implica una responsabilidad civil.

Claro que esta dilución de la base ética abona el terreno al *Homo consumens*, al que esta pedagogía procura servir a conciencia. Para ser ciudadano, un individuo debe conocer la historia de su pueblo, su patrimonio, sus valores culturales y aspiraciones seculares, algo que se enseña cada vez menos. En el caso de Argentina, las encuestas muestran cómo un gran porcentaje de los adolescentes que cursan la educación media e incluso jóvenes universitarios desconocen hasta el nombre de los genocidas que devastaron su país cuando eran niños. De los tiempos más lejanos, ni hablar: la oscuridad es casi completa. Señala Jean-François Mattéi (1999, p. 158) en este sentido que la educación actual tiende a encerrar a la escuela en el sujeto y al sujeto en sí mismo, nuevo avatar de la escuela moderna entendida como un repliegue so-

bre el yo. Un hombre amurallado en sí mismo, sumergido en su pensamiento subjetivo, despreocupado de los asideros de la objetividad y las resonancias del mundo, no puede ser protagonista de ninguna construcción social valiosa. Por lo general estos individuos son fáciles presas del miedo, de temores a menudo imaginarios, que los llevan a preferir la tentación totalitaria a los riesgos del cambio. Si socializar es humanizar, la escuela que no socializa deshumaniza, despolitiza, crea monstruos morales, mutantes como los que vemos en todas partes encaramarse al poder para corromper el *ethos* social. La humanización no puede hacerse desde una razón abstracta, desvinculante, sino desde la propia historia de la sociedad. Humanizar a un individuo es darle los instrumentos para que pueda humanizar, mediante la reflexión y la acción, a su propia comunidad.

La pedagogía de la dominación ha convertido a la enseñanza no en un esfuerzo de pensamiento crítico, sino en un conjunto amorfo de información que el alumno debe recibir sin tener, para procesarla, más que las tristes categorías que imponen la cultura de masas y ese pensamiento único al que José Saramago ha caracterizado como “pensamiento cero”. Lo que no se ve casi en ninguna parte es pensar la realidad en base a categorías propias, un serio intento por definir y sistematizar a las mismas. Esto hace que la gestión política del saber vaya casi siempre contra la identidad profunda de nuestros pueblos. Y lo que atenta contra la identidad de un grupo social, por lo común actúa también contra sus intereses. Por eso los colonizadores se han ocupado siempre de borrar las huellas del pasado, para dejar a la memoria sin respuestas suficientes. Cuando se diluye el pasado, la memoria, ya nadie sabe qué es lo propio y qué lo ajeno. Para poder pensar el futuro, es preciso recuperar antes el pasado, la propia historia, con un sentido crítico, a fin de desmontar la visión de los vencedores, que son los que casi siempre cuentan la historia. La incapacidad de profundizar en la misma se observa en la moderación conservadora de los partidos políticos que se dicen progresistas y hasta de izquierda. Hay que ser tan radicales como la realidad, pero no más que ella, a fin de no incurrir en la crueldad ni violentar el *ethos* social con el exceso. La falta de actitudes radicales está hablando de una impotencia para llegar al fondo de lo real.

Plantear la emergencia civilizatoria de América es anclar una política en una identidad, lo que por cierto se trata de algo totalmente lícito y deseable, pues la identidad no conforma una sustancia fósil destinada

a paliar aventuras discriminatorias, sino un conjunto de estrategias que despliegan tanto los individuos como los pueblos para dar respuesta a la dialéctica de la historia. Se sabe hoy que la identidad es más una reconstrucción continuamente actualizada del pasado que una fiel restitución del mismo, como afirma Joel Candau (1998). No es casual la tendencia de las sociedades actuales a recuperar y enfatizar la memoria, para estructurar nuevos discursos identitarios. Ello obedece al gran bombardeo cultural que destruyó, no sólo en las sociedades tradicionales, las memorias fuertes, aglutinantes. La identidad, en definitiva, no es más que la conciencia de una continuidad en el tiempo, más allá de los cambios, crisis y rupturas que pueden registrarse. Sin memoria, sin recuerdos, tanto el individuo como los sujetos colectivos quedan aniquilados. Recuperar la memoria, por lo tanto, es recuperar la conciencia de sí. Los fuertes reajustes de su memoria que con agudo sentido crítico hizo América durante la conmemoración del Vº Centenario de la Conquista, pueden ser leídos como el acto previo necesario a la emergencia civilizatoria que se propugna hoy, cuando se han abierto ya las puertas del nuevo milenio. Ha llegado el momento de pasar a la acción, de elaborar y ejecutar un proyecto propio, pues no basta con el puro acto de memoria, y resulta muy doloroso quedarse varado en la conciencia de una mutilación, mirando brillar los fragmentos de los espejos rotos.

Las memorias largas refuerzan la identidad con una eficacia que no logran las memorias cortas, como las familiares. También la memoria de las tragedias que un pueblo ha vivido refuerza de un modo especial la identidad, pues aquí los hechos más próximos en el tiempo suelen ser más eficaces que los ocurridos en siglos anteriores. Sería el caso, entre muchos otros, del holocausto judío. La historia no es algo que está grabado en el bronce, sino que se construye y deconstruye como la identidad. Es un discurso por medio del cual se significa de una determinada manera, y desde una identidad y una cosmovisión específicas, ciertos acontecimientos a los que se otorga especial relevancia. Lo que se elige para contar y el sentido que se da a cada hecho está marcando ya una posición frente al mismo. Se hace difícil, por no decir prácticamente imposible, contar la historia desde una no-identidad, desde ninguna parte, lo que no implica que éste sea el reino de la subjetividad. Puede ser, sí, el reino de las identidades puestas en función política. Los que creen escribir desde ninguna parte terminan

convirtiendo a la historia, a la memoria, en otra forma de simulacro. Lo que caracteriza a la tradición es su capacidad de otorgar al pasado, o a una determinada lectura del mismo, una autoridad trascendente. Si pone el acento en los privilegios de una clase y el estancamiento del mundo, la tradición estará al servicio de un tradicionalismo conservador. Si, por el contrario, se afirma una tradición para oponer un modelo digno a la indignidad del modelo dominante y se la toma como punto de articulación de un proceso de cambio evolutivo, tradición y revolución se darán la mano. Es también una tentativa de devolver coherencia a un mundo que la ha perdido por la excesiva fragmentación posmoderna y lo que se ha llamado la “balcanización de Memoria”.

De poco sirve una memoria conservadora, fosilizada. Lo que cuenta en la memoria, en la tradición, es su capacidad de tender lazos entre los hombres. Para eso ha de ser creativa y mediadora, como señala Candau (1998, p. 187). Hablar hoy de nuestra emergencia civilizatoria es refundar una memoria unificante, capaz de acabar con la fragmentación y devolver sentido a un mundo desertificado por la cultura de masas, que es la cultura de la globalización.

Nuestra emergencia civilizatoria necesita pedagogos que comprendan bien lo que se dijo a propósito de la identidad y la memoria. Precisa también de escritores, músicos y artistas plásticos que se sumen a ella no por un compromiso político convertido en una moda pasajera, sino por un verdadero compromiso ético (es decir, crítico) con lo real. Los escritores y los plásticos, escribía Ángel Rama desde el exilio, no son los bufones de una sociedad, sino sus intérpretes, sus subrepticios pedagogos, los realizadores de las líneas orientadoras de su progreso. La idea de América como una Patria Grande trasladada al dominio de la producción literaria e intelectual le debe a él mucho, si no la autoría. La misma no es de antigua data, sino que se impuso recién en los años 60, o sea, un siglo después de que el concepto de América Latina alcanzara formulación política. Es un proceso que va de lo nacional a lo americano, buscando la autonomía. En los años 70 la idea estaba ya claramente establecida, como lo prueba la convergencia de los veinte autores que participaron en la obra *América Latina en su literatura*, editada por la UNESCO, y que estuviera coordinada por César Fernández Moreno. Ello llevó a Manuel Scorza a proclamar a la literatura como “el primer territorio liberado de América Latina”.

## Referencias

- Candau, J. (1998). *Mémoire et identité*. Presses Universitaires de France.
- Mattéi, J.-F. (1999). *La barbarie intérieure. Essai sur l'immonde moderne*. Presses Universitaires de France.
- Miró Quesada, F. (1986). Ciencia y técnica: ideas o mitoides. En: L. Zea (Coord.), *América Latina en sus ideas* (pp. 72-94). UNESCO-Siglo XXI.



Publicado bajo una Licencia Creative Commons  
Atribución-NoComercial 4.0 Internacional